

Silencio blanco

Tras un accidente en la Antártida, un curtido hombre de acción se ve empujado por la afasia a una 'terra incognita' que hubiera preferido no explorar

Es un poco lo que pasa con la mejor narrativa, que impregna sus escenarios con una pátina sentimental y hasta mitológica, a menudo a través de una imaginería tan perfecta y resistente al paso del tiempo que acaba suplantando a la geografía real. Pienso, no sé, en el Klondike, que ya siempre será como lo contó Jack London; en Monument Valley, convertido en icono por la cámara de John Ford...

Algo de eso hay también en la nueva novela de Jon McGregor, una historia de superación y cabezonería en la que el paisaje, lejos de ser un simple decorado, determina decisivamente la trama y acaba funcionando casi como un estado mental. *La palabra para rojo* (Libros del Asteroide) arranca con el vértigo y la ten-



sión de los mejores relatos de aventuras. McGregor alcanza una asombrosa verosimilitud a partir de un lenguaje muy técnico y un acercamiento naturalista, rebajando la épica todo lo posible teniendo en cuenta que estamos en la Antártida, el último continente virgen, un gigantesco páramo inhabitable pero a la vez teñido de romanticismo.

Acompañamos a un pequeño equipo de investigadores recién llegados a una remota base científica para completar y actualizar la cartografía de la zona. A diferencia de Shackleton o Amundsen, estos exploradores modernos se mueven en motonieve y llevan radio y GPS, pero ni la mecánica ni la electrónica son suficientes durante una tormenta, a ochenta bajo cero y con vientos

de trescientos kilómetros por hora. "Uno no se cae hasta que se suelta (...) No mires abajo; no te sueltes. Aguanta. La clave es aguantar, siempre".

Como las desgracias raramente vienen solas, en medio del desastre, al que (*spoiler*) no todos sobreviven, el personaje al que vamos siguiendo cae fulminado por un derrame cerebral. El lector asiste a ese fogonazo desde dentro, desde la perspectiva de la víctima, sin entender del todo los síntomas y padeciendo con él las consecuencias. La sintaxis facturada reproduce lo errático de su razonamiento, confunde conceptos, se le traba la lengua, todo le resulta confuso... Es de justicia, en este sentido, destacar el excelente trabajo de la traductora, Concha Cardeñoso.

La intensidad de esas primeras ochenta páginas deja paso a otra novela, otra lucha, más doméstica y conmovedora. De la epopeya al melodrama familiar. Porque esta es, también, una histo-



Jon McGregor ha sido tres veces finalista del Man Booker

ria sobre la determinación ante la adversidad. Robert tiene que aprender a manejarse solo, y a Anna, su mujer, se le cae el alma a los pies viéndolo intentar explicarse con vehemencia mientras de su boca solo salen balbuceos, incongruencias, alguna sílaba suelta.

Durante décadas, formaron un matrimonio poco convencio-

nal en el que la convivencia no era permanente sino esporádica, a causa de las continuas ausencias de él. Además, Robert siempre fue retraído y hasta un poco huraño. Paradójicamente, eso empezará a cambiar desde que es incapaz de hacerse entender.

Miguel Artaza